

# VISIONES DE UNA EUROPA EN GUERRA

Por ALBERTO ULLOA  
*Profesor de la Universidad Mayor de San Marcos*

## I

### LA GUERRA QUE YO HE VISTO

La guerra activa ha dejado de tener fisonomía porque está hecha de citas incógnitas en los mares y en los aires o de anónimos y disimulados movimientos de termitas. ¿Dónde sino en descripciones de historiadores minuciosos y en grabados, que por antiguos parecen enmarcar una leyenda, aquellas flotas que se presentaban fogueando ante puertos de los que también les hacían fuego, o aquellos ejércitos con uniformes coloridos que cruzaban a pie praderas y ciudades sin buscar en el disimulo del traje o del arma a confundirlos con la vegetación o el pedrusco?

Para que esos cruceros vigilantes avizoren los mares en busca de un adversario que se escurra; para que esos termitas continúen indefinidamente sepultados e infranqueables, es preciso que exista una inmensa guerra pasiva que, como un sistema nervioso, tienda sus órganos sensitivos del uno al otro extremo del cuerpo de la nación; que esta misma, sin excepción de un solo ser ni de una sola cosa, se consagre a la guerra, a sostenerla, a aprovisionarla, a vencerla.

Y esta es la fisonomía de la guerra que yo he visto.

Las ciudades grandes disimulan en la alegría policroma de las ventas de los almacenes, en el timbre de los tranvías, en el movimiento incesante de los automóviles privados y en razones de proporción y de estadística, la ausencia de un cuantioso elemento humano, partido ya para una ubicación geográfica y para un porvenir

vital desconocidos. Y qué bien lo disimularían las grandes ciudades, aprovechando de que la mayoría de esa gran masa ausente está sumergida e invisible en las fábricas y no se deja ver del tráfico urbano, si no fuera porque en todas partes pequeños avisos se prenden del espíritu del observador para recordarle lo que pasa, y si no fuera porque un cierto número de máscaras en sus tubos rígidos, con las que ya se ha habituado el portador como el niño con un arma de juego, hacen pensar en que del cielo azul puede bajar una nube negra de desolación.

He visto la fila incontable de los automóviles fugitivos que se agolpan en los puestos de esencia para prepararse a un viaje lo más lejano posible, llevando en los flancos, en los techos y a veces en el interior, promiscuando con los viajeros, un equipaje, frecuentemente numeroso pero siempre variado. Como en estos países todo el mundo posee maletas porque todo el mundo sale de vacaciones, se tiene la impresión de que este éxodo hacia las campañas hubiera estado preparado y ordenado como las mochilas de una movilización. Allí he visto entre sogas y correas, además de maletas, cajas y colchones, cunas de bebés, y objetos que salen por primera vez del guardarropa con papeles encerados, que tampoco les dejarán tomar el gran aire del camino. Y en el volante, inevitablemente, un hombre de edad no movilizable o una mujer, mientras a su lado o asomando por el contenido del coche la cara, habituada y triste, de un anciano o la cara, sorprendida y alegre, de un niño que no sabe que algún día también su generación partirá a la guerra, como partió la del viejo, mientras otros niños irán por los caminos en busca de los ancianos tíos o de los generosos amigos provincianos.

He visto en pueblos mudos como si hubieran sido abandonados, tal o cual fisonomía en una ventana que sigue las huellas o que espera alguna noticia del que se fué. Y en otros pueblos, donde la vida parece suspendida hasta que se sepa algo, grupos femeninos que esperan sin esperanza la nueva que no han de traerles ni el ave ni el automóvil de pasaje. Después vendrá una carta, sin lugar y sin fecha, que será como el mensaje de un alma anónima en el dolor y en la espera.

He visto los carros cargados de verdura o de fruta y conducidos por un niño, dormido tras una pobre bestia inservible para las necesidades militares. Ninguna que pueda halar un cañón ni un

carro de aprovisionamiento ha sido dejada a los campesinos, y largas hileras de robustos caballos desfilan sin cesar, ya bajo comando militar, por los lados del camino. A veces y en uno de esos desfiles se ha trepado un niño que avanza también, cantando como un pájaro más de la arboleda, mientras los caballos ponen pesadamente sus cascos en el asfalto y, peludos y musculosos, siguen indiferentes hacia otro destino.

Aquí y allá, unas veces en grupo, otras en simples parejas; a veces ya con uniforme, otras con sencillos sacos llenos de ternura más que de provisiones, los movilizados se proyectan en todos los horizontes o están ya reunidos por compañías o por brigadas en la Alcaldía o en la Escuela o en el Cuartel, en cuyos alrededores mujeres, que a veces llevan un niño, esperan ver siempre una vez más al hombre que aman.

El espectáculo, activo y triste, lleno de fatalidad y sin ninguna vibración marcial, se repite sin cesar a través de todo el país que he recorrido y bajo el sol liviano de la mañana, como bajo el sol pleno del mediodía, como bajo el sol tangente de la tarde.

A los rayos oblicuos de este último he visto a las mujeres, luciendo sus vestidos provinciales, recogiendo la cosecha y acumulando las espigas, en lugar de los paisanos que se han ido. Cuando el sol cabrilleaba en su espalda curva, inclinada sobre la tierra de Francia, parecían inmovilizadas para un *Angelus* supremo, donde se mezclaban las campanas que anunciaron las antiguas invasiones y los estremecimientos de motores que realizarán las nuevas.

Entre tanto, la noche iba avanzando y las ciudades permaneciendo apagadas hacia el cielo; no sólo seguramente para defenderse de sorpresas alevés, sino en el símbolo de penitentes encapuchados que se avergüenzan de dar la cara a Dios, desde una tierra en que los hombres que debieron amarse los unos a los otros se matan todavía.

## II

### LA ALARMA

Es muy larga y muy triste la noche en las ciudades de un país en guerra. Desde antes de que desaparezca la luz del día, no sólo han de estar cerradas todas las persianas, sino que detrás de ellas

han de correrse las cortinas, abatirse los estores o apagarse las lámparas, en forma que ningún resplandor se divise de fuera, que pueda servir de guía, unido a otros resplandores, a un avión ciego, enemigo y desorientado.

En las calles sólo hasta muy temprano y con luces veladas y azuladas, se permite servir en las terrazas de los cafés. Más tarde ha de ser en el interior clausurado o entre equívocos y sombras, pero siempre hasta una hora inapelable y pronta, que funcionen. Los automóviles fingen alumbrar brevemente su camino con luces azules y desfilan temerosos y dubitativos, mientras uno que otro transeúnte se acompaña de una linterna pequeña para su recorrido necesario.

Las ciudades así van perdiendo la vida junto con la luz; y antes de medianoche parecen ya como presas, silenciosas y consagradas, que se hubieran tendido en el camino del enemigo que las viene persiguiendo desde el cielo.

De pronto, sin estridencia pero con viveza, sin marcialidad pero con decisión, una sirena se queja casi, en medio de la noche, y lanza el anuncio, lleno de dolorosas posibilidades, de una alarma.

En la graduación de los sonidos trágicos, éste de la sirena, prolongado y repetido, sólo se parece al del perro que ladra su desconsuelo en medio de la noche, porque ha perdido a su amo o lo ha encontrado herido en el sendero. Es así una nota larga que quiere ser múltiple y no deja de ser simple. Llena de tristeza, de ignorancia y de clamor; convertida en un sonido que armoniza la alarma y la lamentación, la sorpresa y el pavor, la esperanza de ser útil que resuena en el silencio y el temor de no serlo que se retuerce en la oscuridad.

A ese sonido, como al silbato de los trágicos cuentos infantiles, la noche empieza a poblarse de siluetas imprecisas, que toman el organizado y conocido camino de la protección y de la salud. Apenas si en las escaleras o en los pasillos la luz modesta de una linterna ilumina la sombra macilenta de un anciano que baja, la sombra desesperada de una mujer que reza, o la sombra trémula de un niño que se espanta.

Ordenes concisas se adivinan más que se escuchan en la noche, y también discusiones entre los que tienen el deber de organizar la protección y tal cual rebelde que se niega a creer en el peligro o lo pone en balanza desfavorable con el sueño.

Mientras en las fronteras los hombres se han situado debajo de la tierra para defenderla y se han sepultado en galerías y trincheras, en las ciudades se desciende a las cavas y a los abrigos en busca de amparo contra la lluvia de fuego. Así ésta ha de ser una guerra de defensa subterránea y de ataque por el aire y nunca llegará a saberse bien, si lo que quede en pie será porque se ha impedido llegar al enemigo o porque éste ha considerado innecesaria una destrucción mayor.

Abajo, en las cavas y en los abrigos, trata de acomodarse una población que casi se desconoce, porque la vida de vecindad no es muy efectiva en las grandes ciudades; o porque se trata de refugios públicos donde vienen gentes de todas las inmediaciones, o porque hasta simples transeúntes han tenido el derecho de entrar a guarecerse.

El sonido no se ha apagado todavía y no ha empezado por consiguiente el período de expectativa en que se quiere penetrar a la sombra y al silencio, verdadero paréntesis de la vida, cuando ya en las cavas se alinean los refugiados, cubiertos o descubiertos a su albedrío, y sosteniendo algunos el maletín o el paquete en el que esperan salvar sus monedas o sus joyas.

Terminada la instalación se busca casi inconscientemente la compañía de conversaciones que se ignora de dónde vienen y a dónde van en la obscuridad. Al entrar en las cavas hay tipos de hombres y mujeres adosados a las paredes que no se sabe si acaban de llegar o si tuvieran ya con los muros la amistad secular de las catacumbas. De otros se diría que pertenecen al desván de un artista que hubiera querido llevar a la escultura las figuras torturadas de Greco o de Ribera.

Las conversaciones se fatigan y los cuerpos también. Empieza a dominar el ambiente un sopor que se parece al sueño, y que no es sino el signo de la incapacidad humana para esperar. A lo lejos retumban de vez en cuando sonidos de cañoneos con que las defensas ciegas llenan el cielo de peligros.

Una hora, dos horas, tres horas después, vuelve a sentirse la sirena, pero acaso porque hay poca variación en su sonido o acaso porque viene a interrumpir sueños restablecidos, las cavas son abandonadas sin alegría y sin gratitud.

Afuera, con el amanecer renace la esperanza de los que han salvado, mientras a lo lejos unos seres jóvenes, para quienes será noche en el día, seguirán muriendo por un ideal indeterminado.

Francia, setiembre de 1939.

*Alberto ULLOA.*